

PERENNIDAD Y PROSECUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN EL PENSAMIENTO DE LEONARDO POLO

LOURDES FLAMARIQUE

Philosophy is in Polo's view, a living intelligence, an exerted activity. It is always current because it pursues a knowledge unconcluded by nature. Reason overcomes history if we understand philosophy as a reconsideration of the basic subjects.

Es curioso. Así termina uno de los libros escritos por Leonardo Polo¹. Únicamente en otra ocasión me ha llamado la atención el final de un libro de filosofía. Cuando Kant considera que ya ha recorrido el *camino crítico*, invita al lector que ha tenido la paciencia de recorrerlo con él a convertirlo en camino real a fin de “dar plena satisfacción a la razón humana en relación con los temas a los que siempre ha dedicado su afán de saber, pero inútilmente hasta hoy”². Kant piensa que la investigación que propone es definitiva, que constituye una aportación al saber que los siglos anteriores no fueron capaces de obtener y que deja el camino tan marcado que ya no tiene pérdida. Desde el punto de vista de la historia de la filosofía –su propuesta– inaugura una etapa tras la que ya no habrá etapas.

Es curioso. Sin querer caer en una exégesis pretenciosa, esta frase revela más bien otra actitud, la de quien sabe que su investigación es perfectible, está abierta a nuevas aportaciones. Constituye un elemento de un diálogo iniciado antes de él y proseguible con él. Polo se desmarca radicalmente del pensador moderno para el que “filosofar es ejecutar la principalidad misma y en absoluto. El sistema es la correspondencia objetiva, como su expresión acabada y no perfectible de la fuerza de la razón”³.

Es curioso. Esa breve afirmación confirma la concepción del filósofo que Polo ha ejercido y ejerce a través de su magisterio. Habiendo seguido sus clases durante años y leído muchas de sus obras, ese modo abrupto de terminar un libro, o mejor dicho, de interrumpirlo me ha parecido sintomático de su modo de ejercer y enseñar filosofía. Un filósofo que por sí mismo suscita la reflexión en sus oyentes, que deja entrever la verdad a la que aspira, que participa de una tradición en diálogo con la actualidad del pensamiento. Ninguna de las investigaciones que

¹ L. Polo, *Claves del nominalismo y del idealismo en la filosofía contemporánea*, Cuadernos de Anuario Filosófico nº 5, Servicio de Publicaciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1993, 150.

² I. Kant, *Crítica de la razón pura*, A 856-B 884, Akademie Ausgabe, V, 552.

³ L. Polo, *Evidencia y realidad en Descartes*, Rialp, Madrid, 1963, 16.

ha abordado en estas décadas de trabajo fecundo es ajena a su comprensión de la tarea filosófica (de la que también se ha ocupado directamente en algunos de sus escritos). La seguridad que revela el «es curioso», procede más bien del estar en camino, que de una ironía tan ajena a su arrojo filosófico, como a su esforzado trabajo por resolver las cuestiones que urgen a la inteligencia humana.

En las páginas siguientes me propongo desarrollar el concepto de filosofía que refleja esta expresión y que constituye, a mi juicio, la herencia que mejor permite reconocer la multitud de sus deudores.

En una época en la que padecemos de hipercontextualización e historización del pensamiento, parece oportuno, sin embargo, destacar no tanto el marco y las raíces de la filosofía de Polo, como la noción de filosofía que teórica y prácticamente refleja su magisterio. En ella se advierte la viveza de una actividad que se sabe pura actividad y, por ello, no decae en ningún momento en una mera objetivación lingüística o se apoltrona en el simplismo de «dar razón de su tiempo».

Como pocos reconoce que la filosofía es un saber situado, pero a la vez, no es un saber histórico: “Al considerarla desde su inicio se advierte que la filosofía no ha cambiado mucho. A pesar de las discusiones y discrepancias, –los filósofos suelen ser sumamente polémicos– la temática de fondo, independientemente de como sea tratada es un patrimonio común”⁴.

En el inicio del filosofar, Polo encuentra “un quedar fuera del tiempo en medio de los procesos observados”. La filosofía surge del admirarse que tiene que ver con la percepción de lo intemporal, con ese caer en la cuenta que no todo es cambio, puro pasar. Pues, “caer en la admiración es caer en la cuenta de que no sólo entra en juego el tiempo; al admirarse se vislumbra lo extratemporal, lo actual”⁵.

Ésta es la razón de que el hombre pueda tener una imagen de sí sustraída de la temporalidad. *Si existe lo intemporal, algo en mí es intemporal* afirma Polo y añade: “si existe la verdad, existe el alma humana; el hombre tiene alma. Esto quiere decir que en el hombre hay algo constante, consistente, algo que puede estar en el tiempo, pero que en sí mismo no es temporal”⁶.

De este modo, la filosofía, en su surgir, detecta lo intemporal de la realidad y del hombre, dándole noticia sobre sí mismo en términos de libertad. “La verdad que se yergue ante la propia vida la impulsa; de esa verdad el hombre saca precisamente el impulso para su práctica”⁷, para

⁴ L. Polo, *Introducción a la filosofía*, Eunsa, Pamplona, 1995, 36 (cit. *Introducción*).

⁵ L. Polo, *Introducción*, 29.

⁶ L. Polo, *Introducción*, 39.

⁷ L. Polo, *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*, Rialp, Madrid, 1991, 249 (cit. *Quién es el hombre*).

todos esos conocimientos y objetividades culturales que en tanto que suscitadas quedan a disposición de la actividad, están adscritas a ella configurándola⁸. *Sin verdad no hay libertad*.

Pero precisamente, si la filosofía nos proporciona el conocimiento de nuestra capacidad de verdad, de nuestro encuentro con ella, no puede confundirse con lo configurado a partir de ella, es decir, el impulso con lo impulsado. La filosofía no se disuelve en cultura y, por tanto, sólo es tal como ejercida, como aspiración siempre nueva, nunca agotada. Ella significa como ningún otro saber la condición espiritual del hombre (que en él hay algo inmortal⁹). Al señalar al hombre como distinto del mundo, le capacita para penetrar y ordenar la realidad finalizada al servicio del único ser que asume su fin libremente. *La verdad encarga*, repite una y otra vez como si temiera no tanto el decaimiento en el dominio desatento sobre la naturaleza, como la no advertencia del carácter de don de la verdad que revela tanto sobre sí misma, como sobre la condición humana. La verdad es tarea que invita a quien puede ser encargado. “La verdad no tiene sustituto útil”¹⁰.



La distinción entre filosofía y cultura, por tanto, no es una simple aportación al debate contemporáneo; en ella Polo reconoce que está en juego la novedad de la actividad libre del hombre que la distingue radicalmente de toda otra creatura. El hombre no es un mero producto de una época, sino que está llamado a actualizar, a suscitar posibilidades, históricas ciertamente, pero que sólo son tales por la novedad de alguien que es capaz de verdad.

La filosofía es la actividad de la inteligencia que más noticia da de la inteligencia misma; dicho de otro modo, su tema principal es ella misma como actividad, como vida que sustenta los actos concretos del vivir inteligente: “La filosofía no es una fuga, un éxtasis, un lanzarse hacia fuera, olvidándose de las radicalidades humanas, sino que es alimentada por el ser humano en la medida en que éste sale a la luz en la propia actividad filosófica”¹¹.

A juzgar por estas palabras, no parece que la filosofía trate sobre muchas cosas, ni tan siquiera que éstas sean imprescindibles, pero no cabe duda de que hace *más vida* nuestro vivir: “La filosofía es una actividad en la que el existente está enteramente comprometido, está

⁸ L. Polo, *Hegel y el posthegelianismo*, Asociación La Rábida-Universidad de Piura, Piura, 1985, 362 (cit. *Hegel*).

⁹ L. Polo, *Quién es el hombre*, 205.

¹⁰ L. Polo, *Quién es el hombre*, 251.

¹¹ L. Polo, *Introducción*, 41.

convocado por ella, y de esa manera se va desvelando a sí mismo en la medida en que la filosofía le pide poner en marcha cada vez más capacidades, más recursos propios”¹². Ordenando al hombre *al servicio de la verdad como amante y realizador de ella*, la filosofía es descubridora de las dimensiones más profundas del ser humano. Polo sabe que esta noticia sobre el hombre le sitúa en la posición adecuada para mirar a su Creador como sólo la creatura inteligente puede mirarle. Cuantas veces sus alumnos, tras una exposición ardua sobre la infinitud de la inteligencia humana, le hemos escuchado la siguiente exclamación: ¡somos semidioses! En esta exclamación se atisba inmediatamente que esa realidad abre tanto a la adoración como a la rebelión.

Confundir la filosofía con la cultura es ignorar este horizonte de la libertad, y malograr en consecuencia la comprensión de lo cultural, porque implica reducir el ser del hombre a posibilidades dadas y nuestro saber sobre él a una historia de las ideas o a una antropología cultural. En cambio, sostener el “argumento vivo” del filosofar (como expresión inequívoca de la condición personal y libre del hombre) asegura otras actividades (operaciones). La filosofía no trata nunca de anular otras ciencias; procura más bien no *perder altura*¹³. De este modo, la filosofía se distingue del resto de los saberes sólo por una razón: “porque el tema de la filosofía es el fundamento. El fundamento exige no ser confundido con ningún otro tema objetivable”¹⁴.

La filosofía así entendida, como teoría, es *inteligencia viviente*. “La teoría es aquella versión del conocimiento según la cual su tema está en conmensuración exacta con su ejercicio. En ese sentido, la teoría es la forma más alta de operación vital”¹⁵.

Si la filosofía es vida, difícilmente podemos entenderla como un elenco de dogmas; la verdad no está ahí para ser repetida. Tampoco es asimilable a la retórica, porque ésta es uno de los modos de transmisión de aquello de lo que se distingue la filosofía: la retórica transmite un legado clásico, en cierto modo, definitivo¹⁶. Pero, la filosofía es su ejercicio, es actividad que se ejerce¹⁷; para saber filosofía, señala Polo, *es necesario haberla vivido*. “No es algo con lo que se cuenta, ni susceptible de algún manejo”¹⁸. No es algo dado, sino que de modo inevita-

¹² L. Polo, *Introducción*, 41.

¹³ “La filosofía es una actividad humana muy especial y, por otra parte, rara; el hombre la ejerce pocas veces y a ella se dedican de modo preferente muy pocos seres humanos”; L. Polo, *Quién es el hombre*, 185.

¹⁴ L. Polo, *Memoria de oposiciones, pro manuscripto*, 9-10.

¹⁵ L. Polo, *Presente y futuro del hombre*, Rialp, Madrid, 1993, 116 (cit. *Presente y futuro*). Kant en una de sus reflexiones apunta una idea semejante: “Intelectual es aquello cuyo concepto es un obrar”; I. Kant, *Reflexiones*, nº 968.

¹⁶ L. Polo, *Memoria de oposiciones*, 1.

¹⁷ L. Polo, *Presente y futuro*, 117.

¹⁸ L. Polo, *Memoria de oposiciones*, 1.

ble tiene que abrirse paso entre tendencias y realizaciones culturales¹⁹, entre formulaciones que pretenden apresar lo que sólo es vida. Por ello, subraya la *impertinencia* de la pregunta *¿qué es la filosofía?*, o *¿qué es la metafísica?* Ambas interrogaciones suponen la filosofía o la metafísica como algo dado que no precisa que el hombre ejerza una actividad. Pero, “la esencia de la filosofía no es el término de ninguna pregunta”²⁰.

Toda pregunta se asienta en lo cultural, es decir, en objetividades culturales en cuanto términos dados de antemano en un ámbito. Desde sus primeros libros, Polo ha considerado la emergencia de la filosofía y su relación con la actitud interrogativa que, en ningún caso, se establece en términos de dependencia causal. Porque el filosofar no es preguntar, es más bien hallar. La heurística, el hallazgo, dan sentido a la búsqueda filosófica. La heurística es la temática filosófica en cuanto tal, añade siguiendo a Aristóteles. Nada más extraño a la interrogación²¹.

Por esta razón, rechaza la pertinencia de la pregunta *¿cómo es posible la metafísica?* “Ponerse a contestar esta pregunta supone, sin embargo, ya establecido el sentido de la misma metafísica, al menos en el orden de los propósitos: se tiene ya la metafísica. (...) Así pues, tal pregunta llega tarde. Y esto quiere decir que se frustra, que carece de alcance”²².

La impertinencia de preguntar *qué es la filosofía* o *cómo es posible la metafísica* está en que, si bien la filosofía y la metafísica surgen en un determinado momento, no son sin más prolongaciones de objetivaciones culturales, no son resultado. Surgen de modo *inesperado* respecto de la cultura, y ello es también noticia de la inagotabilidad de la libertad²³.

Ambas preguntas apuntan a la justificación o legitimación de la filosofía y de la metafísica. Pero, desde ese punto de vista, el saber metafísico es problemático. *¿Cabe empezar a saber, si no es desde lo que precipita como sabido?* se pregunta Polo. “La base temática de la metafísica –aun en el caso de que no hubiese más que una– no es el principio “ut sic” y, por tanto, surge, ya, *nacida*, juega su papel, a lo más, como apertura de una dirección atencional condicionada, es decir, concretada”²⁴. La ausencia de justificación –se podría decir– es con-

¹⁹ L. Polo, *Memoria de oposiciones*, 2.

²⁰ L. Polo, *Memoria de oposiciones*, 5.

²¹ L. Polo, *Memoria de oposiciones*, 9.

²² L. Polo, *El acceso al ser*, Eunsa, Pamplona, 1964, 25 (cit. *El acceso*).

²³ “La idea de libertad es más profunda que la de situación, el hombre se ha de comprender como ser libre no como ser histórico”. “La historia es un estado que se corresponde con la libertad sin confundirse con ella, sin agotarla”; L. Polo, *Memoria de oposiciones*, 30.

²⁴ L. Polo, *El acceso*, 26.

natural a la filosofía, porque lo es al saber mismo²⁵. “El saber es aquello con que nos encontramos, y no una vez hecho, sino siempre, esto es, desde que empieza. ¿Sobre qué se le podría pedir cuentas? Frente a la base del saber todo preguntar enmudece; cualquier pregunta que se intente es pura inanidad”²⁶.

Si la metafísica, la filosofía, *surge, ya, nacida* sólo puede ser tal como ejercida; esto es un acicate al desaliento que a menudo se produce por no ser de *antemano*, es decir, definitiva. La tesis según la cual la pregunta por el principio de la metafísica no es susceptible de respuesta no debe cristalizar en la conclusión de que el saber es positivamente injustificable. No sabemos de qué tipo de justificación se trataría porque no disponemos de ella; pero tampoco tiene sentido la paralización del saber²⁷. Polo cita en este punto a Aristóteles quien señala que “si hubiese una ciencia de todo, se tendría sin conocimiento anterior”²⁸. Se trataría de una posición absolutamente originaria del principio, sin supuesto alguno.

Ahora bien, en el comienzo del saber no aparece, no se conoce, el principio del mismo como tal; lo cual no impide que podamos saber con certeza; pero, esta certeza, por su parte, no ilumina un surgimiento originario del saber²⁹.

La incomparencia del principio (y no así la del fundamento) nos informa más sobre la existencia humana que otras ciencias de cuyos principios no sólo podemos, sino que debemos dar cuenta. Nos invita a un atencencia mayor a la verdad y a la desconfianza en el intento de autofundación del saber y en su resultado inmediato: la consumación del hombre en la cultura.

Polo considera que la peculiaridad de la inteligencia humana, expresada en la afirmación de Aristóteles, hace que la dimensión interrogativa se corresponda también con la misma modalidad provisional del saber en cuanto que no es definitivo. “Si lo que queda en suspenso es el preguntar en los confines del saber y no el saber en la tenaza de una pregunta última defraudada, quiere decirse que el saber es limitado en profundidad, no positivamente infundado”³⁰. Pues se sabe en virtud de que se sabe; por ello, se pregunta desde el saber buscando alumbrar más de lo que se sabe, pero siempre de espaldas al principio del saber.

²⁵ “El comienzo del saber no es problemático en uno u otro sentido, sino *a se-cas*, sin que podamos concretar en qué, determinadamente, consiste su problema”; L. Polo, *El acceso*, 27.

²⁶ L. Polo, *El acceso*, 27.

²⁷ L. Polo, *El acceso*, 27.

²⁸ Aristóteles, *Metafísica A*, 9, 992b 29.

²⁹ L. Polo, *El acceso*, 29.

³⁰ L. Polo, *El acceso*, 29. La solución al preguntar no pertenece al orden de lo inalterable; la solución satisface o calma lo provisional de la pregunta haciéndola cesar; la solución irrumpe, se introduce, trocando lo provisional en estable. *El acceso*, 29, nota a pié de página.

De otro modo lo indica también, cuando señala que la filosofía se abre paso entre tendencias y realizaciones culturales. Siendo ella misma el hallazgo, está asociada al preguntar que busca alumbrar más desde lo ya tenido, lo sabido, porque sólo así lo sabido es saber.

Merece la pena notar que Polo no habla de soluciones o formulaciones, sino de saber. El saber humano es finito, “pero finitud significa terminar por el lado de asentarse no definitivamente”³¹. La incomparencia del principio se corresponde con lo que llama *inacabamiento del lugar de la comparencia, de la evidencia*. Si nuestro saber no está cerrado por el principio –una ciencia del todo sería innata–, tampoco lo está como saber ejercido. Polo considera que la metafísica ha alcanzado su perennidad por haber sido capaz de formular ese inacabamiento³².

Las constantes referencias a la cuestión de la incomparencia del principio del saber y a su inacabamiento, así como la reiteración de la expresión *perennidad* de la filosofía, apuntan de lleno a la necesidad de destacar esos aspectos de la peculiaridad del saber humano cuya errónea comprensión desencadena de modo inmediato el desarrollo malogrado de las ciencias y de otros ámbitos de la cultura en los que revierten directamente las formulaciones filosóficas. Así mismo provoca el oscurecimiento de la misma actividad filosófica que se confunde, entonces, con erudición o con una suerte de intuicionismo irracional. Pero, sobre todo, se escamotea una dimensión del vivir humano que sólo la filosofía notifica y cuyo ejercicio ha permitido un mayor desarrollo de otros tipos de conocimiento y de praxis³³. De lo que se acaba de señalar son ejemplos el *cogito* cartesiano, la apercepción trascendental o el espíritu absoluto, pues abordan la cuestión aquí planteada: el principio del saber. Su tratamiento inadecuado ha abocado a la larga a la pérdida de identidad del filosofar y, con ello, el oscurecimiento del saber acerca del hombre.

Con lo dicho anteriormente cabe ya añadir que “el saber no es un poder que se satisfaga según un resultado terminal”³⁴. Por consiguiente, la filosofía es siempre una búsqueda, una tarea inacabada; de ahí la necesidad de *rescatar su perennidad*. Nada de esto es posible sin el concurso de la libertad a la que llega a definir como “la perspicacia implicada en un intelecto suficientemente lúcido para darse cuenta de que en su arranque mismo está acompañado”³⁵.

³¹ L. Polo, *El acceso*, 31.

³² L. Polo, *El acceso*, 32.

³³ “Puede decirse que a partir de la admiración, la filosofía pone en marcha un número creciente de dimensiones humanas que sin el filosofar quedarían inéditas”; L. Polo, *Introducción*, 41.

³⁴ L. Polo, *El acceso*, 48.

³⁵ L. Polo, *Quién es el hombre*, 248.

El núcleo posesorio del que depende el saber es la libertad, afirma Polo. De ella depende no sólo la modalidad operativa del saber, sino también el *deseo*. “Este deseo no es la vaguedad de la perplejidad, sino el deseo de saber que es propio por naturaleza del hombre; deseo de saber que ni depende del fundamento, ni entronca con las restantes dimensiones del saber como término, sino como inacabamiento”³⁶. Una vez más se detecta el impulso de la genuina comprensión de la inteligencia humana que permite mantener la ambición de la verdad sin la impaciencia de quien está aturcido por la promesa de totalidad. El deseo de saber entendido con independencia del fundamento nos rescata de la visión moderna –y a la postre fatalista– de un destino inalcanzado. El prólogo a la primera edición de la *Crítica de la razón pura* narra la historia de la razón que realiza su principio después de un vagabundeo y, por tanto, sólo se sabe suficientemente asistida al final de su *tiempo*: el principio sólo comparece al final. Pero, esta comparecencia de la principalidad se muestra, al cabo, puramente terminal y fácilmente desmascarable como ficticia; de ahí la necesidad de comenzar de nuevo el sistema del saber en la generación que sigue a Kant.

Polo tal vez apuntaría que la ausencia del principio nos ahorra la búsqueda del término y la insatisfacción de no tenerlo. Lo inacabado del saber se advierte, entonces, como apertura, como *lugar* de la libertad. Para los pensadores alemanes antes mencionados, por el contrario, la libertad está sólo al final de la historia como consecuencia, porque estaba al principio como promesa; en el *interim*, paso obligado, por supuesto, nada tiene valor en sí mismo, nada es verdad.

* * *

Cabe preguntarse ahora si este inacabamiento de la filosofía, es decir, lo que permite proseguirla, por un lado, diluye la filosofía en historia y, por otro, anula el valor de verdad de la historia.

A este respecto hay que señalar que, en correspondencia con el saber, tampoco “el ser libre está dado del todo de una vez”³⁷. La historia es *aprovechamiento de virtualidades*; no es sólo una serie, sino que “marcha hacia adelante en la medida de las posibilidades que edita, desarrolla o explica”³⁸. Propiamente, que edita y desarrolla la acción humana libre.

La metafísica, la filosofía comienzan en la historia. Pero “la filosofía no es un acontecimiento histórico”³⁹. *Se estrena sin razón antece-*

³⁶ L. Polo, *El acceso*, 49.

³⁷ L. Polo, *Memoria de oposiciones*, 30.

³⁸ L. Polo, *Presente y futuro*, 94.

³⁹ L. Polo, *Introducción*, 29.

dente, no está preparada por nada. Por tanto, “el comienzo de la filosofía es una pregunta a la que sólo puede responder la filosofía”⁴⁰. Filosofar es pararse a pensar. Entonces, añade Polo, es “cuando empieza a notarse un modo de vida creciente, un crecimiento que puede ser vivido, ejercido”⁴¹; que ya no es mera sucesión temporal, ni resulta sin más de la capacidad de configurar la actividad que tienen las objetividades culturales⁴².

En las relaciones entre verdad e historia, o razón e historia, está presente no sólo la cuestión de si la razón vence a la historia y, por tanto, la filosofía puede reclamar su perennidad una y otra vez, sino también el sentido de la historización de la filosofía.

Decir que la pregunta por el comienzo de la filosofía es filosófica, es subrayar que no es prosecución de objetividades, ni resultado. El surgimiento de la filosofía tiene que ver con notar la correspondencia de la inteligencia con lo real en tanto que presentes ambos; pero, es notar también la irreductibilidad de lo real y del hombre al tiempo, al mero pasar. “La metafísica *emerge* de la situación histórica, pero no se articula con ella. Emergencia significa dependencia de un núcleo más primario”⁴³. No tiene su principio explicativo en la situación histórica, pues ella es la advertencia justamente de que no todo es “mordido por el tiempo”⁴⁴. Sólo la filosofía puede dar cuenta de su comienzo por ser *noticia* de una forma de vida que se sustrae a la temporalidad, que no se agota como historia. Lo más primario no es lo temporal. A esto sólo se llega admirando⁴⁵. En otro lugar dice: “el tema de la metafísica no es obra humana y, por eso, se llama exclusivamente su tema”⁴⁶.

Desde que el hombre nace sus vivencias están trenzadas y vertidas en la temporalidad, sus actos suscitan su propio término, se prolongan en él. Con la filosofía “el hombre cae en la cuenta de que su vida *no sólo transcurre*”⁴⁷; sin embargo, también transcurre. La admiración señala Polo, se desarrolla en dos direcciones; una, según la cual la realidad es estable y verdadera; otra, en la que el hombre sabe que su interior también es estable, por lo que puede *entender* la realidad⁴⁸. Ambas direcciones no se ocupan de la resolución práctica del vivir, sino de otro modo de vida que *distrae* de éste para devolvernos *más capaci-*

⁴⁰ L. Polo, *Curso de teoría del conocimiento*, II, Eunsa, Pamplona, 1985, 286 (cit. CTC).

⁴¹ L. Polo, CTC, II, 286.

⁴² L. Polo, *Hegel*, 362.

⁴³ L. Polo, *Memoria de oposiciones*, 38.

⁴⁴ L. Polo, *Introducción*, 33.

⁴⁵ “La admiración sólo es posible si hay algo que se mantiene, y por eso es subitánea, no está preparada temporalmente. Lo temporal no es admirable”; L. Polo, *Introducción*, 29.

⁴⁶ L. Polo, *Hegel*, 388.

⁴⁷ L. Polo, *Introducción*, 30.

⁴⁸ L. Polo, *Introducción*, 39.

tados⁴⁹. Sin sacarnos de la historia, la filosofía nos asegura que nuestro ser no es histórico. Ella misma, por tanto, participa de la peculiar relación del hombre y la temporalidad.

Una vez que la inteligencia comienza, prosigue, afirma Polo. Prosigue desde sí misma como impulso originario y desde la situación histórica de la transmisión del saber filosófico. “Ninguna doctrina metafísica surge del vacío, sino que nace situada en la historia. Gracias a eso puede aspirar a traer algún avance o alguna novedad”⁵⁰. Polo advierte que los hallazgos de la filosofía (siempre comparece la heurística) no son fruto de un progreso de la mente humana llevado a cabo temporalmente.

El hombre se corresponde con la cultura a través de la situación. La historia es “la consideración del ámbito cultural como la situación en que el hombre está haciendo posibilidades y no según infalibilidades teleológicas”⁵¹. Ahora bien, la noción de libertad es más profunda que la de situación. El hombre ha de comprenderse como ser libre y no como ser histórico⁵². Es su existir el que da sentido a la historia, con la irrupción de cada persona. Por ello, añade: “El ser libre no se agota en consistir, sino que *dispone*”⁵³; y dispone según posibilidades dadas.

Si en cualquier ámbito de la cultura la aplicación libre del hombre permite esperar la actualización de posibilidades inéditas, las que proporciona la situación, en el caso de la filosofía lo situacional tiene más que ver con la perspectiva desde la que insistir en sus temas propios. Aquí enlaza la peculiar historización que le corresponde. La tradición no se elige. El punto de partida nos viene dado, pues dependemos del pensamiento anterior. “Como estamos situados en la historia de la filosofía, es preciso transmitir la gran herencia. Pero esa tarea, aunque sea muy importante, no es la clave del recuerdo de la verdad”⁵⁴. Ciertamente, la filosofía no avanza según un plan previo, se rige por el hallazgo, por la inteligencia inventiva⁵⁵. No hay condicionamiento, aunque haya épocas donde se de más una transmisión de la tradición que aportaciones originales.

Como tarea siempre abierta, siempre prosequible, consiste en la pervivencia del impulso originario que vence el simple decurso temporal. “La historia de la filosofía enseña mucho, también que la razón puede con la historia. Pero no es cierto que ese dominio sobre la historia se

⁴⁹ “No se puede hacer metafísica si no se hace antropología, no se pueden ir desvelando las dimensiones más profundas de la realidad sin que, correlativamente, aparezcan dimensiones humanas”; L. Polo, *Introducción*, 42.

⁵⁰ L. Polo, *El acceso*, 377.

⁵¹ L. Polo, *Hegel*, 373.

⁵² L. Polo, *Hegel*, 377.

⁵³ L. Polo, *Hegel*, 378.

⁵⁴ L. Polo, *Introducción*, 64.

⁵⁵ L. Polo, *Introducción*, 83.

consume de tal modo que lo que venga después sea un puro comentario a lo ya descubierto, o que ya no se pueda descubrir nada más”⁵⁶. No cabe el desánimo porque nuestra averiguación sea inagotable. Polo detecta en ello la grandeza y limitación de la filosofía. Que siempre tratemos de los mismos temas, quiere decir que nunca acabamos de llegar al fondo de la verdad⁵⁷. De otro modo, lo único que se podría hacer es transcribirla de manera formularia. La verdad es detectada por el filósofo que la persigue como a una pieza de caza que, cuanto más al alcance está, más inabarcable se muestra. En algunos casos esto puede llevar al estupor y de ahí a la retórica⁵⁸. Ahora bien, la filosofía así entendida no admite formulaciones últimas, definitivas; sin embargo, es claro, añade Polo, que hay verdades y descubrimientos de verdades.

No cabe inventar de nuevo la filosofía, ni prescindir del pasado, aunque la verdad nunca es pasado. Se trata de retroceder para continuar, entendiendo la tarea como un diálogo; en expresión muy usual en su magisterio, enfocar los asuntos sobre hombros de gigantes. La filosofía es historia en la medida en que reclama ser continuada en su identidad. Por ello, la unidad de la filosofía en su historia no puede perseguirse según la historización de los saberes al uso. No puede ser entendida línealmente, como una ascensión: “La filosofía no es historia al modo como puede serlo la pintura, la guerra o la política, es decir, los saberes prácticos, la cultura. La filosofía es histórica filosóficamente, de modo filosófico. Con otras palabras, la historia de la filosofía es el axioma B en conexión con el axioma D, el axioma de los hábitos y sus varias conculcaciones. En ella se registran avances y retrocesos, así como ciertas divergencias debidas al predominio epocal o de escuela de alguna operación intelectual. Así pues, hay un sentido de la historia exclusivo de la filosofía, cuya contextualización con la cultura es débil”⁵⁹.

La situación de la que partimos al hacer filosofía hoy y la peculiar unidad de su historia están reclamando la reasunción de la altura perdida⁶⁰. Las parcialidades, las omisiones, los desfallecimientos producidos a lo largo de los últimos siglos denotan *la clave de la problematización de lo histórico*, también en la transmisión de los conocimientos. Si el curso de las generaciones no continua el perfeccionamiento humano, *el hombre se detiene, decae*⁶¹. El hecho de que el operar hu-

⁵⁶ L. Polo, *Introducción*, 37.

⁵⁷ L. Polo, *Introducción*, 36.

⁵⁸ L. Polo, *Introducción*, 37.

⁵⁹ L. Polo, *CTC*, II, 286. En el caso de la filosofía la transmisión temporal de sus hallazgos tiene más que ver con lo que Fernando Inciarte expresaba plásticamente en una ocasión: estudiar la historia de la filosofía es como recoger leña; la leña no es el fuego, pero si se produce la chispa y no hay leña, la chispa no prende y se apaga.

⁶⁰ L. Polo, *Presente y futuro*, 94.

⁶¹ L. Polo, *Presente y futuro*, 94.

mano no sea infalible, hace que la cultura sea plural; pero, por ello, mismo admite “depresiones” en sus diferentes ámbitos.

Así cuando habla de la metafísica afirma: “nuestra altura histórica no nos es dada en el panorama humano, cultural y social que nos rodea ni en el anterior inmediato. La perennidad de la filosofía no ha sido realizada en los últimos siglos”⁶². Hacer filosofía hoy significa volver a los orígenes pero desde la atalaya del tiempo histórico. Su diagnóstico de la situación de la filosofía a la que se ajusta su pensamiento se centra en lo que designa con la expresión ya aludida: la pérdida de la altura histórica por parte de la metafísica, la falta de perennidad. Estamos al final de una época durante la que “el hombre ha andado habitualmente perdido en el ser”⁶³.

La conciencia enmarañada al servicio de una pretensión que enmascara el ser, revela que la especulación moderna no está en la línea de la perennidad de la filosofía; es más la impide, “desposeyéndola de su tensión propia, arrebatándole la insistencia en los temas, el crecimiento histórico”⁶⁴. Mientras tanto los conocimientos alcanzados con anterioridad nos son entregados como monumentos, no como metafísica. “La filosofía tradicional se ha quedado lejos, no nos llega de un modo eficaz, sino que hemos de ir nosotros a visitarla. Y al entrar en ella nos percatamos de que es hogaño, un nido vacío”⁶⁵.

Admitir la necesidad de proseguir es rescatar el impulso originario, la perennidad de la tradición. Y esto no significa repetir: “Repetir los temas medievales no es hacer la metafísica de hoy porque no es hacer hoy metafísica; es menester insistir en ellos, abrirlos a una más pletórica comprensión desde el aumento de la necesidad de proseguir”⁶⁶.

Aquí es donde el “es curioso” como expresión del genuino talante metafísico alcanza su rendimiento. Se impide la perennidad de la filosofía cuando se propone una altura alcanzada hace siglos como definitiva, aceptando con valor de perpetuidad sus formulaciones; *cifrando el filosofar en entenderla a ella como si fuera el tema*.

Filosofar hoy es servir a la necesidad de abandonar el enmarañamiento de la conciencia⁶⁷. La filosofía de Polo es justamente la realización de esta tarea: iluminar las oscuridades de la especulación moderna, penetrando para ello en los intrincados vericuetos de la lógica representacionista, volver sin miedo a encararse con los grandes pensadores

⁶² L. Polo, *El acceso*, 379.

⁶³ L. Polo, *El acceso*, 378.

⁶⁴ L. Polo, *El acceso*, 378. Polo sostiene que la filosofía moderna es fundamentalmente especulación; parece describirla cuando dice: “la especulación es inteligencia congelada, cada vez más cristalina; precisamente por eso, tal vez, puede reflejar mejor; pero solamente reflejar”; L. Polo, *Presente y futuro*, 116.

⁶⁵ L. Polo, *El acceso*, 379.

⁶⁶ L. Polo, *El acceso*, 379.

⁶⁷ L. Polo, *El acceso*, 380.

para superar un estado cultural. Lo que Polo llama la altura histórica de la filosofía medieval, puede ser actualizada únicamente desde la filosofía moderna; “con ella y sólo con ella es como se debe conectar con la tradición”⁶⁸. Justamente desde aquí se aprecia mejor el tema fundamental del pensamiento de Polo: formular el tema del ser en su altura histórica se cifra “en el abandono de la presencia mental como método para la advertencia del ser”⁶⁹.

Filosofar hoy. No se puede ignorar lo que ese *hoy* significa en cada tiempo; pero filosofar es participar en un modo siempre creciente pero relativo en el primer principio. “Es esta especularidad del pensamiento y la paralela independencia de la realidad de los temas –en los que el pensamiento penetra, pero no suscita primariamente– lo que permite la perennidad de la filosofía como mantenimiento de la verdad alcanzada y, a la vez, como labor histórica de crecimiento e integración”⁷⁰. *Si el error nunca debe producir paralización*⁷¹, es porque no estamos sometidos a la situación, ni la filosofía tiene su origen en algo periclitado por pasado. Filosofar es retomar los temas propios, temas que –como veíamos– no son obra humana. Nuestro cometido es el de contribuir al crecimiento; éste se puede detener, pero no truncar. “La filosofía siempre es capaz de ir adelante”⁷².

Desde sus primeras publicaciones, Polo anuncia el alcance de su investigación, cuyo primer paso hemos recordado. Ésta culmina en una *antropología trascendental*. En su defensa de la conveniencia de la misma se muestra, una vez más con claridad, cómo todo su pensamiento es la realización del filosofar clásico, al que vuelve una y otra vez, pero tras una historia de crecimiento y decaimiento.

La ampliación de lo trascendental en que consiste la antropología que propone, pretende corregir la filosofía moderna; *porque la filosofía moderna hay que corregirla en sus propios términos, no con argumentos sacados de la filosofía clásica que es metafísica, mientras que la moderna no lo es*⁷³. “Hace muchos años que lo entendí: no había más remedio –sin que sea estrictamente necesario– que ocuparse filosóficamente de un sentido del ser que, aunque no es ni se reduce al ser de la metafísica, no lo excluye y es enteramente compatible con él”⁷⁴. *No había más remedio* significa el hoy del filosofar, nuestra situación atisbada por el filósofo. Ésa es la oportunidad y conveniencia de la antropología, porque la filosofía moderna es el intento de hacer

⁶⁸ L. Polo, *El acceso*, 381.

⁶⁹ L. Polo, *El acceso*, 381.

⁷⁰ L. Polo, *Evidencia*, 15-16.

⁷¹ L. Polo, *Presente y futuro*, 156.

⁷² L. Polo, *Introducción*, 64.

⁷³ L. Polo, *Presente y futuro*, 155. “La investigación antropológica ha de llenar el objetivo de dar razón del centro desencadenante de la filosofía moderna”; L. Polo, *El acceso*, 381.

⁷⁴ L. Polo, *Presente y futuro*, 157-8.

justamente una antropología trascendental, pero sin la inspiración originaria.

No ocuparse de esta ampliación de lo trascendental supone *mantener un divorcio entre la filosofía clásica y moderna, al modo de dos filosofías inconciliables*⁷⁵. Ocuparse de esta tarea no es necesario, sino conveniente. Aquí *conveniente* quizá nombra más que *necesario*, –subraya Polo– porque señala algo así como un deber⁷⁶.

La razón de conveniencia radica en el reconocimiento del inacabamiento de la filosofía clásica (es decir, de su naturaleza propiamente filosófica): “Con todo, lo que llamo *ampliación de lo trascendental* –una antropología trascendental como distinta de la metafísica– no es estrictamente necesaria. Si lo fuera, habría que decir que hay un positivo *lapsus* en la filosofía clásica, cosa que no acepto. Pero sí hay que decir que la línea de investigación que parte de la consideración de la operación inmanente en tanto que operación –no de su objeto, sino de la operación misma–, y que dé lugar a una antropología trascendental, apenas está desarrollada en la filosofía clásica”⁷⁷. Se trata de proseguir la filosofía en una nueva síntesis capaz de hacerse cargo de nuestra situación en su complejidad, y de hacerlo conscientes de que la inspiración con la que la filosofía comienza no se agota. Por ello, en el planteamiento de la antropología trascendental que no se encuentra en Aristóteles, alienta el espíritu del filósofo griego: “La clave está en no dejar de ser aristotélico al tratar temas de los que él no se ocupó”⁷⁸.

No es extraño que este modo de filosofar se constate con el asombro del “es curioso”. Cuando la filosofía se ejerce a su propia altura, la tarea no por ser inconclusa se precipita de un modo impaciente. El descubrimiento del horizonte inacabable se destaca como lo máximamente interesante y fuente de una admiración siempre creciente.

Lourdes Flamarique
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra
31080 Pamplona España

⁷⁵ L. Polo, *Presente y futuro*, 154.

⁷⁶ L. Polo, *Presente y futuro*, 155.

⁷⁷ L. Polo, *Presente y futuro*, 154.

⁷⁸ L. Polo, *Presente y futuro*, 196.